



QUIERO
CONSOLARLOS

M. Basilea Schlink

Opiniones de lectores:

“Aquí hay bálsamo sanador para almas afligidas”.

“Dentro y alrededor de mi reinaba una noche oscura después de perder a mi amado esposo. Curioseando en una librería cristiana encontré este librito. Entre lágrimas lo leí una y otra vez”.

“ Día y noche leí en este libro, siempre que el dolor me invadía Realmente Jesús me ha consolado, y sigue haciéndolo”.

“Estoy profundamente agradecido por haber encontrado lo que hace mucho tiempo busqué, un libro que responde a las preguntas que surgen del corazón y de la conciencia ante la cercanía de la muerte y al mismo tiempo se brinda una ayuda con tanta claridad”.

“Realmente refleja la situación de una persona que se ha quedado sola y lo alienta a aceptar el consejo de Dios y entregarse plenamente a Jesús. Para mi se abrió un pedacito del cielo”.

Quiero consolarlos

M. Basilea Schlink

Hermandad Evangélica de María
Darmstadt - Alemania

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft e.V.
Darmstadt, Alemania
Todos los derechos reservados.
Título original en alemán: *Ich will euch trösten*

Primera edición en alemán 1959
Versión como PDF en español 2022

Todos los derechos están protegidos por las leyes internacionales del Derecho del Autor. Los contenidos y/o portada no pueden ser reproducidos total ni parcialmente por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso del dueño del copyright.

info-es@kanaan.org www.kanaanhispano.net

INDÍCE

Dios desea consolarnos con su amor y compasión.....	5
Jesús ofrece su amor: consuelo para quienes lo esperan.....	15
El perdón de Jesús, la respuesta al sentimiento de culpa para con el ser que partió.....	31
La bondad de Dios Padre nos provee donde la partida de un ser querido deja un vacío.....	37
El legado de los seres queridos: La muerte se convierte en vida, el sufrimiento en gozo eterno.....	52
El retorno al hogar celestial.....	60



*¿Se haría Dios
llamar El Consolador
y no poder consolarte
en tu dolor?
Confía en él y
experimentarás
su consuelo.*

DIOS DESEA CONSOLARNOS CON SU AMOR Y COMPASIÓN

¿Puedes creer que Dios quiere consolarnos cuando hemos perdido a un ser querido? En las Sagradas Escrituras Él se nos muestra, diciéndonos: **“Yo soy tu Consolador”** (Isaías 51:12), y también como el *“Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todos nuestros sufrimientos”* (2 Corintios 1:4). También Dios nos asegura: *“Como una madre consuela a su hijo, así los consolaré yo a ustedes”* (Isaías 66:13). Y Jesús, antes de ir a la muerte de la Cruz, dijo a sus discípulos que les enviaría *“el Consolador”* (Juan 14:16-17). Entonces, ¿podría Jesús dejar de cumplir con su promesa? Él dijo también en el Sermón del Monte: *“Dichosos los que sufren, porque serán consolados”* (Mateo 5:4).

¿Qué piensas? ¿Podría Él dejar a sus hijos perecer de tristeza... sin traerles el consuelo... o no les ofrecería algo del gozo del cielo cuando ellos estén bebiendo esa amarga copa de sufrimiento? ¿Podría Él hacer algo de esto? ¡Claro que no! Pues Jesús es el Salvador.

Dios es amor (1 Juan 4:8b), por eso se compadece por nosotros, se duele con nosotros y no puede dejarnos sin consuelo. Y esto de manera especial cuando la muerte nos quita a un ser querido y nos invade una gran tristeza.

En una oportunidad Jesús lloró mirando la ciudad de Jerusalén, porque no había reconocido en Él a su Salvador. Lloró porque podía ver en el Espíritu, el interminable sufrimiento que les esperaba. Y dos veces

más, lloró ante la muerte (Juan 11:35; Lucas 7:13).

El Señor es el mismo ayer que hoy. De igual manera frente a nuestro sufrimiento, Él también se compadece. Y aunque no podamos verle con nuestros ojos físicos, Él verdaderamente está a nuestro lado y comparte nuestra aflicción. Cuando lleguemos a la eternidad y miremos hacia atrás, reconoceremos que fue Él quien estuvo a nuestro lado con nosotros en esos momentos tan difíciles. Nuestros seres queridos hoy no nos son devueltos, pero Jesús, con Su presencia, consuela nuestro corazón dolido.

Cuando Jesús estuvo con nosotros en la tierra, mostró tres veces su maravilloso poder sobre la muerte y la tumba (Lucas 7:11-17; 8:49-56; Juan 11:38-44). Eso sucedió para fortalecer nuestra fe, para animarnos a creer que

Él quiere obrar en nosotros ahora mismo. Con Su poder victorioso de vida quiere transformar nuestra tristeza en gozo, nuestra desesperación en consuelo, nuestro sufrimiento en gloria. Jesús vino a la tierra a bendecirnos, para salvarnos del poder de Satanás quien quiere hundirnos en la desesperación. Cristo murió y luego resucitó de entre los muertos (1 Corintios 15:3-5). Esta verdad debe traernos consuelo, el con-suelo de la resurrección de los que nos han sido arrebatados por la muerte (1 Tesalonicenses 4:13-14).

Jesús es el Buen Pastor y quiere estar siempre a nuestro lado, para guiarnos por lugares de delicados pastos, para confortar nuestras almas y traernos alegría.

*¿Quién me consolará
en la oscura noche
y quien velará conmigo,
si la persona para mí
más querida, se ha ido?*

*¿Quién estará a mi lado
cuando todo se calle
y esté anocheciendo?*

Es mi Señor Jesús.

*Únicamente Él me conoce,
me llama por mi nombre
y me ama sin medida.*

*¿Quién, pensando en mí, tomó
el trago amargo aquella noche oscura?*

¡Jesús, mi Señor, mi Amado!

*Él conoce el sufrimiento y,
por eso, consuela mi alma afligida.*

*Su amor me envuelve
y cuando solo me encuentro,
de día y de noche, no deja de recordarme.*

*El Padre me abre sus brazos,
puedo ver su corazón,
ahí hay amor, puro amor.
Trazó mi camino,
y el dolor que hay en él
es sólo para acercarme al cielo.
Es puro Amor que me aflige,
su corazón llama al mío,
atrayéndome hacia el cielo.*



Señor Jesús,

Tú ves y entiendes mi dolor, porque tu alma fue destrozada y, en tu aflicción, tuviste “una tristeza de muerte”; aunque pudiste vencerla y, por eso, eres el Único que puede consolarme. De todo corazón, te pido: “hazlo porque, fuera de Ti, nada ni nadie puede consolarme, pues mi dolor es demasiado grande”.

En tus manos pongo mi corazón herido, por favor, ¡sánalo! Eres el “Salvador”, tu nombre tiene poder y tu amor anima y consuela.

En Ti confío, pues recibes a todos los que llegan buscando tu ayuda y tu consuelo; como lo has prometido en tu Palabra: “Vengan a Mí, todos los que están sobrecargados y cansados, y Yo les daré descanso” (Mateo 11: 28). Amén.

*Me envuelve la noche y
quién me amaba ya no piensa en mí.
Recorro a solas mi camino y
solo estoy, en esta oscura noche.*

*¡Pero Alguien me recuerda
y me entrega su corazón!:*

*Jesús, Eterno Amor.
Me atrae hacia Sí,
sana las heridas de mi alma
y desaparece el dolor.*

*Con Él puedo caminar,
no se aparta de mi lado,
me acompaña en cada instante
y su consuelo me da.*

*Ya prepara mi corazón
y una alegría eterna podré gozar.*

Mi Señor Jesús,

Sácame de la depresión que invade mi alma. Ya no te siento más, y no hay luz que me ilumine, en mi aflicción. Toca mi alma y libérame de esta opresión. Ven y ayúdame a salir de este mar de sufrimiento.

Tu brazo que creó al mundo es suficientemente fuerte para salvarme. Tomo tu mano que fue clavada en la cruz por mí. Me sostendrá y no me soltará, pues es la mano del Amor eterno. Me llevarás a tu corazón y me consolarás.

Mi Señor Jesús, confío en tu amor que me ayudará y sanará mi alma afligida para que, ya consolada, yo pueda alabar tu amor que todo lo puede: Convertir desolados en consolados, lágrimas en sonrisas de alegría con el poder de tu gloriosa y victoriosa resurrección. Amén.

*Quando la muerte
se lleva a nuestros
seres queridos.*

*Dios viene
y nos da más:*

*El mismo se entrega
y nos da su AMOR*

JESUS OFRECE SU AMOR: CONSUELO PARA QUIENES LO ESPERAN

¿No sucede acaso, en esta vida, que muchos niños quedan sin su padre y un tutor es quien cuida de ellos? Pero cuando los adultos nos vemos privados de una persona que ha significado mucho para nosotros y sin la cual no podemos realmente vivir, entonces nuestro Padre en el cielo también designa a alguien que quiere ayudarnos y estar a nuestro lado cuidándonos con amor: Él mismo. ¡Cuánto amor y fidelidad!, de Él dice la Sagrada Escritura: es “padre de los huérfanos y defensor de las viudas” (Salmo 68:5).

Nuestro Padre en el cielo estará ciertamente ahora con aquellos que eran tan pobres y abandonados, porque quien los amaba ya se ha ido. El Padre nos dará todo Su amor y refrescará y reconfortará nuestros corazones, pues, ¿quién puede amarnos tanto como Él, de quien todo buen padre en la tierra no es más que una débil sombra?

Cuando nos sentimos miserables e impotentes, tenemos que alzar nuestros brazos, no tratando de reprimir o retener nuestro sufrimiento, sino diciendo: “¡Señor, ayúdame, Señor, ten misericordia de mí!”. ¿Cómo puede el Padre ignorar tal pedido? Él responde, y lo hace por medio de su Hijo, Cristo Jesús, nuestro Salvador. Cuando Jesús ve a un alma en necesidad, no puede dejar de

ayudarlo. Él no pasa de largo sin socorrer-nos, sin curar nuestras heridas. El confirmará el poder de Su amor en nuestras vidas. Su amor todo lo puede; ¡cuánto más consolar a los que sufren! Si nosotros podemos confortarnos unos a otros tan tiernamente... ¿cuánto más podrá hacerlo Jesús, el Salvador? Él nos puede amar más que cualquier otra persona. Jesús nos traerá consuelo, consuelo en abundancia porque Él, en Sí mismo, tiene todo lo que se nos pueda haber quitado.

Si ahora nos sentimos completamente solos, porque nos fue quitada la persona más querida con la que podíamos haber pasado la vida juntos, Jesús está a nuestro lado y ofrece llenar ese vacío que a veces existe en

nuestras vidas. Pues Él no sólo quiere estar con nosotros en nuestros pensamientos, sino que quiere venir a nuestros corazones para llenarlos con su Presencia y con su Amor. Jesús vino para darnos vida, vida en abundancia (Juan 10:11). Allí donde duele la pérdida del cónyuge, Jesús mismo, siendo nuestro Salvador, ahora quiere ser el Señor y Esposo que está a nuestro lado. En su amor, Él quiere darnos más de Sí mismo, todo su corazón quiere estar ahí para nosotros, más que nunca.

¡Quién puede amarnos como nos ama Jesús que lleva el nombre de "Esposo", de quien cada persona amorosa, en la tierra, alberga en su corazón sólo un destello de ese amor. Por lo tanto, Jesús realmente puede y

quiere ahora hacernos más ricos con su amor que la persona que se fue. ¡Oh, ¡si tan solo pudiéramos creer esta verdad! Pero nos aferramos tanto a nuestros conceptos terrenales que no podemos imaginar que Jesús, sin estar presente físicamente, tiene el poder de hacernos tan felices con su amor como el ser querido. Y sin embargo es así; todos los que han creído y confiado en Él en una situación similar pueden dar testimonio de ello. Muchas veces ha sucedido que personas que han sufrido profundamente han experimentado en sus vidas, sin embargo, un poco del cielo; aun en medio de gran angustia. Jesús se les acercó, llenando sus corazones de paz y gozo.

Sí, Jesús da realmente vida en abundancia. Su amor es suficiente, y donde Él está, nos trae la bendición del cielo. Cuando Su presencia nos envuelve, la paz y la seguridad llenan nuestros corazones y nos sentimos profundamente consolados.

Sin embargo, en nuestra propia situación, todo depende de que confiemos que también puede suceder esto en nuestras vidas. Hoy podemos vivenciar esto si elegimos creer, para que el Señor pueda actuar en nuestro ser. Todo depende de lo queelijamos.

Experimentaremos lo que creamos. Pero si creemos desde un principio que esto es imposible y dudamos que Cristo pueda

confortarnos y darnos felicidad, estamos cerrándole nuestro corazón. Y si Él se acerca a nosotros, no podrá penetrar esas puertas de hierro, ya que su amor es tierno y no se impone. Sin embargo, si confiamos en Él, nuestra fe será la llave que abra la puerta de nuestro corazón. Entonces Él podrá entrar con toda la plenitud de Su consuelo y amor y entregarse a nosotros en una forma total.

Tal como vino Jesús a los discípulos después de Su resurrección y les dio aliento, así viene a nuestra solitaria habitación y se pone a nuestro lado. Nos abraza con sus brazos amorosos y nos arrima a su corazón, consolándonos tal como una madre consuela a su hijo.

Sí, hemos sufrido una pérdida muy grande. Alguien a quien amábamos mucho nos ha sido arrebatado, y no hay nada tan difícil como la muerte de un ser querido. Sin embargo, Jesús desea transformar nuestra pérdida en ganancia, queriendo darnos algo aún más precioso de lo que tuvimos.

Cada vez que dejamos algo que amamos, Jesús nos da algo mucho mejor. Y soltar o renunciar a algo que amamos implica sufrimiento, pero un sufrimiento que da nacimiento a la gloria. Esto es algo único y maravilloso. Hablando humanamente, generalmente concluimos que el sufrimiento da paso a más sufrimiento. Sin embargo, leemos en 2 Corintios 4:17: *“Nuestra angustia, que es leve y pasajera, nos prepara una*

gloria eterna, que supera toda medida". Únicamente por esta razón el Señor nos permite sufrir.

Si nos humillamos ante nuestros sufrimientos, si renunciamos a las ataduras que todavía nos ligan a la persona que hemos perdido y decimos "Sí" al hecho que Dios se lo haya llevado, y si llevamos nuestro dolor al Señor Jesús, entonces nuestra tristeza se transformará maravillosamente en paz y calma.

Acudamos entonces cada día, cada hora a Jesús con todas nuestras tristezas y pesares. Y cuando nos embargue el llanto y sintamos que no podemos continuar, derramemos nuestros corazones delante de Él,

diciéndole todo aquello que nos aflige. Pero al mismo tiempo digamos:

"Señor Jesús,

yo creo que Tú eres amor y no puedes menos que consolarme. Sí, lo creo, porque eres el Amor eterno y siempre quieres ayudarnos y ponernos en el camino correcto. Confío en que Tú proveerás maravillosamente para mí, supliendo con tu Amor a aquel quien he perdido.

Y también quiero creer que tu Presencia me traerá aún más alegría que la de aquella persona que amaba tanto y ahora he perdido. Elijo ponerte a Ti en primer lugar y por sobre este ser querido al que he perdido.

Sé que nunca me dejarás solo y me amarás con una fidelidad que nunca cambia. Tú has dado tu vida por mí y cuando muera, vendrás a llevarme. Sí, Señor Jesús, yo creo en Ti. Por todo esto te pido que te acerques a mí, pues ahora quiero caminar contigo, más cerca que nunca antes!"



Padre mío,

he perdido un ser querido; fortaléceme para darte una respuesta como la de Job, cuando quedó sin sus hijos y todas sus pertenencias. “¡El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Bendito sea el nombre del Señor!”(Job 1, 21b).

Gracias por la certeza de que no ha sido simplemente el destino, sino que Tú, Padre Celestial, has permitido esta tribulación porque me amas y tus intenciones conmigo son buenas.

Agradezco que sólo quitas lo máspreciado a tus hijos para darles algo aún mejor y valioso: a Ti mismo, tu amor y gracia celestial, consuelo y descanso dichoso.

Es esto lo que con fe espero ahora de Ti, Padre Celestial, que consuelas y animas a tus hijos desolados que ponen su confianza en Ti y no permitirás que sean avergonzados en su dolor. Amén.



*¿Acaso dudas de que
el amor de Jesús
podría ser suficiente para ti?
Confía en que podrá serlo
todo para ti, y lo experimentarás.*

*Te sostengo en Mi Mano
pues entregué todo por ti,
siendo en la cruz traspasado.
A cada hora estoy a tu lado
para manifestarte mi amor,
por la pérdida de tu ser querido.*

*Estoy contigo en tu necesidad,
te guio hasta la hora de tu muerte,
a cada minuto estoy contigo.*

*Mi corazón late de amor por ti,
y algún día cuando en mi presencia estés,
reconocerás que Yo soy puro amor.*

*Mis acciones siempre buenas son,
aunque tu corazón no lo puede entender,
siendo que lo más preciado has perdido.*

*Este dolor Yo te envié,
¡Ven! y descanso te brindaré,
consuelo y ayuda te regalaré.*

*Por eso, recorre esta senda oscura,
pues Dios te guía por buen camino,
te acompaña y cuánto mas larga
la noche ha sido, más glorioso será el final.*

*En lo más profundo
de tu soledad y abandono,*

Jesús

a quien amas,

*quiere hacer un
pacto contigo.*



EL PERDÓN DE JESÚS: LA RESPUESTA AL SENTIMIENTO DE CULPA HACIA AQUEL QUE PARTIÓ

No debemos olvidar tan rápido a los que partieron, ya que fueron puestos por Dios en nuestra vida como nuestro prójimo a quienes deberíamos haber amado como a nosotros mismos y a los cuales les fallamos muchas veces. Por eso, en la eternidad podrían volver sus preguntas y acusaciones contra nosotros. “En el juicio, los habitantes de Nínive se levantarán contra esta generación y la condenarán” (Mateo 12:41). Debemos hoy escuchar lo que ellos quieren decirnos y venir a Jesús con nuestra culpa para que ésta sea perdonada y borrada.

Aquél con quien convivimos, o fue una persona cercana, ya no está más. No podemos dirigirnos a él con palabras de amor, aunque nos gustaría. Ahora que ya no está más, nos damos cuenta de lo que nos quedamos debiéndole. Quizá ahora el hecho de no poder remediar nada y no poder hacerle ningún bien, aflige nuestra alma y la culpa nos persigue. No lo habíamos amado como mandó nuestro Señor Jesús que amáramos a nuestro prójimo. Tal vez en el momento de su partida estuvimos peleados con él y toda la vida hubo tensiones con esta persona. Pero ahora nos arrepentimos, ahora que es demasiado tarde. O quizá haya aún más culpa. Tal vez hayamos hecho algo malo, lo herimos con palabras o arruinamos su vida y sospechamos o sabemos que partió,

sintiendo rencor y odio, y que llevó estos sentimientos consigo a la eternidad.

Ahora, ¿cómo seguir viviendo con esta culpa, siendo que esta persona ya no está más para pedirle perdón? Ciertamente, la culpa debe ser perdonada; de lo contrario no podemos ir a la eternidad sin pasar por un severo juicio. Pero, como hoy en día todavía vivimos en tiempo de gracia, podemos acercarnos a Jesús con nuestra culpa. Él tiene el poder de perdonarnos. Cuando Jesús perdona, hasta las acusaciones del fallecido quedan sin efecto. Y así como Jesús nos perdona, así también nos perdonará aquel que ahora ya no puede concedernos el perdón porque ya no está entre nosotros. Jesús perdona cuando un corazón arrepentido se arrodilla ante Su cruz. El hecho de

que el sentimiento de culpa hacia el prójimo fallecido inunde nuestro corazón y nos arrepintamos sinceramente, es pura gracia. Porque si nos arrepentimos y entregamos nuestra culpa a Jesús, reconociéndola ante una persona (Santiago 5:15-16), obtenemos perdón y las acusaciones desaparecen.

Jesús cubre nuestra culpa con su Sangre. ¡Y no sólo eso! También compensa al prójimo al cual debemos, ya que es nuestro Salvador, tanto aquí como en el más allá. Así que podemos suponer que ahora Jesús le hace un bien, le consuela. Y como una lágrima de arrepentimiento ante Jesús vale más que todas buenas obras, la bendición de esta lágrima tal vez alcance a esa persona fallecida para bendecirla. Podemos imaginar que Jesús habla con esa

persona, la bendice y le ofrece en nuestro lugar lo que nosotros ya no podemos hacer. Porque lo que para nosotros no es más posible, Jesús aún lo puede hacer.

Podemos confiar en Su promesa de que del arrepentimiento nace vida nueva, y de ésta surge una nueva bendición para todos con quienes todavía convivimos. El perdón recibido nos impulsará a remediar con los que nos rodean aquello que no hicimos con el ser que perdimos. Es por eso que debemos ser agradecidos por el tiempo de gracia en el que aún vivimos y aprovecharlo. Todo sufrimiento causado por la culpa del pasado podemos entregárselo a Jesús, confiando en su Redención, y así seremos consolados y liberados de toda carga.

Mi Señor Jesús,

Ves como sufro por la pérdida de este ser querido. También ves las lágrimas que corren porque me siento culpable ante él y ya no tengo forma de remediar lo que hice. Perdóname por no haberle amado más y por haberle causado dolor. Amado Señor Jesús, cargaste con mi culpa y mi pecado. Te pido que en mi lugar compenses a esa alma que ahora está en tu Reino.

Bendícela y derrama sobre ella tu gracia. Acepta mi arrepentimiento y permite que de éste fluya amor y más amor por Ti y por mi prójimo. Para que mediante tu amor misericordioso y paciente yo pueda amar y hacer el bien a los seres que aún están conmigo.

Amén.

LA BONDAD DE DIOS PADRE NOS PROVEE DONDE LA PARTIDA DE UN SER QUERIDO DEJA UN VACÍO

Una persona que nos amó se ha ido, ya no está, y sufrimos esta pérdida. Hemos perdido su amor, y el amor es vida. El saber que somos amados nos hace felices. Esta felicidad se nos fue. El amor siempre regala, por eso, con esta pérdida también hemos perdido muchos regalos. Ciertamente, el que nos amaba, fuera nuestro esposo o nuestro padre, por amor nos proveía con bienes terrenales. Estábamos seguros, porque su amor lo comprometía a cuidar de nosotros. Ahora tal vez estamos pasando necesidad o nos falta aquello que aquel ser querido proveía y nos brindaba. Y esta falta, esta

preocupación por la provisión, se suma al profundo dolor del alma. Quizá estemos ahí, sentados en la oscuridad, mirando a la nada.

Pero hay Alguien que está a nuestro lado, esperando que nos dirijamos a Él. Está dispuesto a colocarse en la brecha, ocupar el lugar de esa persona que partió, asumir la responsabilidad y velar por nosotros. Este Alguien es Jesucristo, quien, llegando a ser hombre, vivió entre nosotros y por eso, hasta hoy día nos habla y actúa de forma real, tal como antes lo hizo en situaciones de necesidad, transformando el agua en vino. Al pasar hambre, a sus discípulos les indicó dónde lanzar sus redes para pescar una gran cantidad de peces. Este mismo Jesús, que en el pasado actuaba ahí donde las personas

pasaban necesidad, donde había desesperación, hace exactamente lo mismo hoy, porque su esencia no ha cambiado y ese eterno Amor le guía hacia los necesitados y abandonados.

No consolará sólo nuestra alma, sino que tomará el control de nuestras necesidades. Las Sagradas Escrituras repetidamente dicen que aquel que pone su fe en Él, no será avergonzado ni decepcionado. Sí, “*a los que buscan al Señor nunca les faltará ningún bien*” (Salmos 34:10). Ahora que nuestro proveedor ya no está, Él nos invita: “¡Atrévete a vivir una vida conmigo! Crees que Yo, siendo Creador y Señor del cielo y la tierra, dueño de la plata y el oro, ¿no encontraría manera de ayudarte en tu

necesidad?” ¡Qué mejor forma de manifestar su Poder y su Generosidad que en una situación de necesidad, sin salida, y desesperación! Es ahora cuando puede demostrar lo maravilloso que es y que todavía hace milagros y de formas jamás pensadas proveerá.

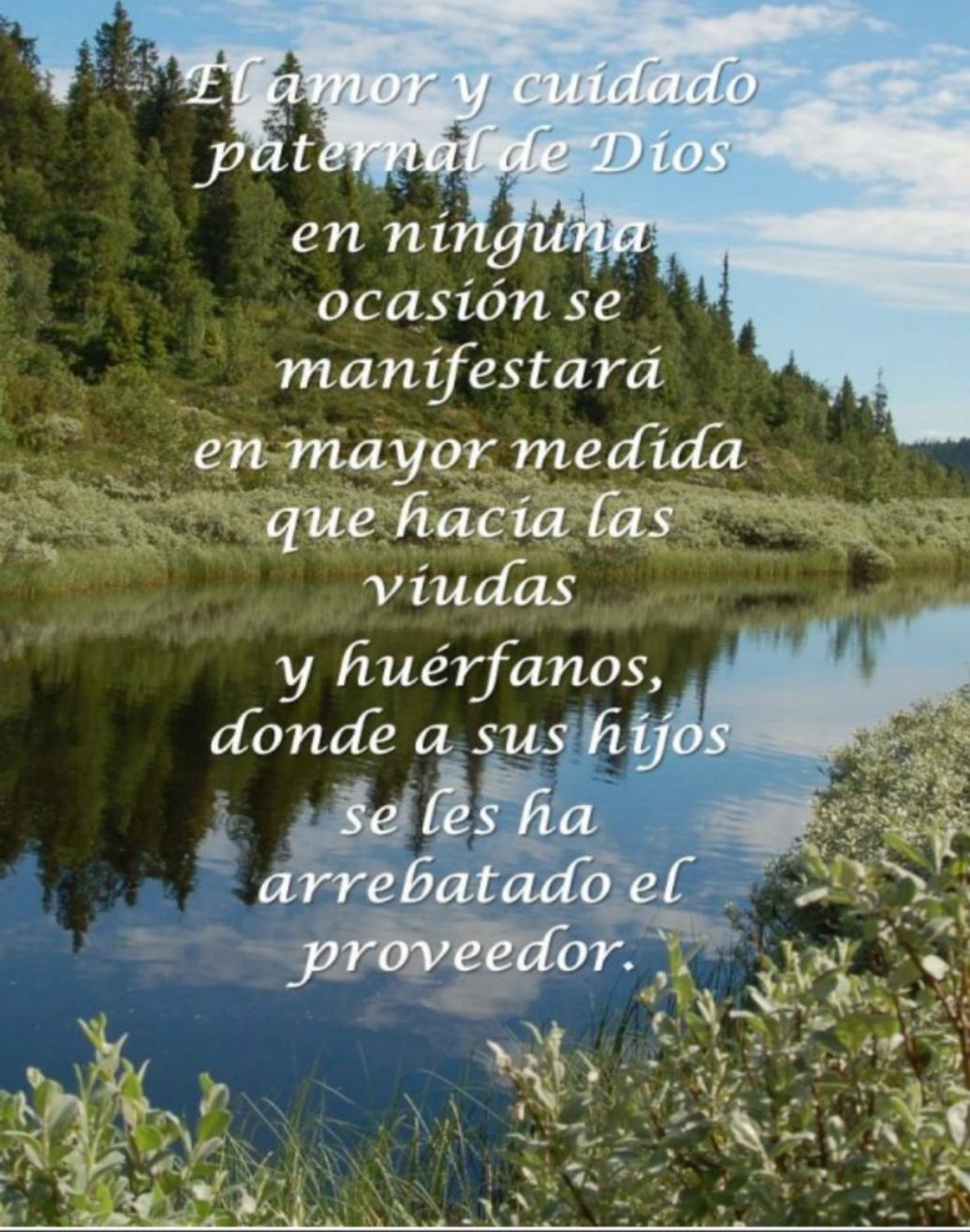
Cuando estamos frente a la tumba de ese amado ser, nuestro Señor Jesús quiere despojarnos de toda desesperación y decirnos a causa de la gran tristeza de haber perdido a nuestro proveedor y auxiliador: “...su Padre celestial ya conoce todas sus necesidades. Miren los pájaros. No plantan ni cosechan ... porque el Padre celestial los alimenta. ¿Y no son ustedes para él mucho más valiosos que ellos?” (Mateo 6:32,26). Ahora podemos de todo corazón confiar en

el Padre que viste a los lirios en el campo, aquel que con una sola palabra creó todo con gloria y majestad. También en nuestra situación Él necesita decir sólo una palabra y se allanarán caminos por los cuales nos llegará ayuda y provisión.

Es por eso que en esta situación podemos alegrarnos al saber que dependemos de Aquel que tiene poder, no sólo en el cielo, sino también en la tierra y es puro amor, ese amor cuya esencia lo compromete a ayudar. Alegrémonos que podamos acercarnos a Dios, nuestro Padre, como sus hijos; Él siempre les dará pan, y no piedra, cuando le piden lo que precisan (Mateo 7:9). Honrémosle, entregándole nuestra confianza al que

demonstró su amor al sacrificar a su único Hijo por nosotros.

Ahora Jesús nos ayudará a cargar nuestro sufrimiento y nuestras preocupaciones. Él tiene más poder y oportunidades de las que cualquier persona con dinero y contactos pueda ofrecer. Animémonos a probar una vida con nuestro Padre, quien nunca decepcionó a los que confiaron en su provisión, sino que vivieron milagros tras milagros. Confiemos ahora que, cuanto más grande sea la necesidad, más cerca está Dios, porque Él ama ayudar especialmente a los pobres y necesitados, pudiendo en ellos manifestar su amor paternal y su maravilloso poder y glorificarse en su bondad.



*El amor y cuidado
paternal de Dios
en ninguna
ocasión se
manifestará
en mayor medida
que hacia las
viudas
y huérfanos,
donde a sus hijos
se les ha
arrebatao el
proveedor.*

Querido Padre,

Te doy gracias que puedo venir a Ti pues mi alma está sumergida en una profunda oscuridad. Aquel que fue sustento para mi alma y proveedor de mis necesidades materiales, se ha ido. En Ti me refugio porque la preocupación me aflige profundamente.

Padre mío, no comprendo tu actuar. Pensaba necesitar a esa persona y su provisión de tal manera que no podría vivir sin ella. Ahora ayúdame a no mirar mi necesidad y situación, sino a Ti. Tú me socorrerás.

Enséñame a aceptar tu Voluntad, la cual ha permitido esta necesidad, y también me ayudarás a salir de ella. Tú tienes medios suficientes para ayudarme porque eres omnipotente.

Permíteme reconocer por qué me has llevado a esta difícil situación: para aprender a buscarte más y esperar la ayuda sólo de Ti. Padre mío, siento tu amor que me llama a entregarme nuevamente a Ti mediante la oración y la confianza. Por eso vengo a Ti y confiaré en que tu amor me guiará. Te manifestarás ahora más que nunca como mi Padre porque dijiste que eres el padre de las viudas y los huérfanos.

No quieres solamente purificarme con este duro golpe. Al contrario, ya hace tiempo tenías pensado y planeado como renovarías mi corazón, me brindarías ayuda y enriquecerías mi vida con tu provisión. Aguardo ahora esa ayuda, con la certeza de que Tú, en tu tierno amor, recuerdas a tus hijos en su necesidad. Confío en Ti: Siempre estás dispuesto a aconsejar y ayudar y encontrarás la forma de hacer que a mí y a los míos no nos falte nada.
Amén



***Padre Misericordioso
Que alivias mi dolor,
en Ti encuentro consuelo.***

***De las almas afligidas
eres el Salvador,
el Consolador de
los entristecidos.***

***Me amas con
Amor eterno***

EL LEGADO DE NUESTROS SERES QUERIDOS

Aquellos que partieron ahora están a la luz de la eternidad. Ven con más claridad que nosotros, que seguimos en la tierra. Ellos vean que a la siembra le sigue la cosecha y que por eso es tan importante nuestra forma de vivir aquí. Es decir: Si hemos creído en Jesús, si fuimos sus seguidores, si hemos tomado nuestra cruz, si hemos amado a Jesús y al Padre, si logramos desprendernos de lo terrenal, si vivimos de acuerdo a los Diez Mandamientos y si en la batalla contra el pecado fuimos vencedores con el poder de Cristo mediante la fe. Con toda claridad pueden ver las consecuencias que tendrá

para la eternidad nuestra manera de vivir en este mundo.

La mejor manera de demostrar amor a los que se han ido es vivir de acuerdo a lo que sabemos: Ellos nos lo pedirían porque para nosotros todavía hay tiempo. Así que es ése su legado: Tomen en serio la Palabra de Dios, odien el pecado, amen a Dios y al prójimo, no teman el sacrificio, persigan la meta divina para alcanzarla. Por eso, dejen que lo irrelevante sea irrelevante y que lo importante, la eternidad, sea lo único y verdaderamente importante.

Los que están en la eternidad quieren dirigir nuestro corazón hacia allá. Se nos adelantaron y en algún momento les seguiremos. Dios permitió que partieran antes,

como una señal, para que recordemos que también a nosotros nos tocará partir y así concientizarnos y confrontar este hecho desde otro punto de vista y buscar el Reino de Dios en primer lugar en vez de perseguir lo que aquí en la tierra nos parece ser tan importante.

La partida de un ser querido pueda traernos tal bendición. Nos quiere guiar a soltar lo terrenal y aferrarnos a lo celestial, a buscar la Ciudad de Dios y manifestarnos el amor de Jesús que allá nos espera. De formas maravillosas nos transformará este sufrimiento si lo aceptamos con humildad y permitimos que nos purifique y de esta manera nos prepare para la eternidad.

Amado Jesús,

Ayúdame a sentirme más cerca del cielo con la partida de esta persona amada. Que la certeza de que me haya precedido en la muerte y ahora está en el hogar celestial, al cual también yo me acerco cada día, sea mi consuelo. Mi Señor Jesús, te doy gracias por ser nuestro Salvador y Redentor. Gracias por ser ese centro alrededor del cual giramos con todo nuestro ser, tanto el fallecido como yo. Te agradezco que – el que vive ahora en los cielos, y yo que sigo con el peregrinaje – podamos encontrarnos en Ti, porque ambos te amamos y algún día te alabaremos juntos.

Te pido que me ayudes a que la partida de mi amado me acerque más que nunca a la eternidad y que yo pueda seguir mi camino

en vista a lo celestial, donde estás Tú, Señor Jesús. Que yo pueda vivir claramente, con los ojos puestos en la meta de la gloria celestial, y pueda desprenderme de lo terrenal para que, en la hora de mi muerte, me puedas llevar a tu Hogar. Permite que este sufrimiento me prepare, para correr hacia la eterna meta del Trono, renunciando a todo impedimento y luchando resolutamente contra el pecado hasta la muerte.

Amén.

LA MUERTE SE CONVIERTE EN VIDA, EL SUFRIMIENTO EN GOZO ETERNO

Nada está tan cerca uno del otro como la muerte de la vida y el infierno del cielo. Cuando Jesús murió, iba camino a la resurrección; cuando Jesús batallaba con el diablo, se encontró con el infierno y sus poderes lo envolvían, pero pronto resultó Vencedor sobre ellos y pasó al cielo. El infierno nos permite llegar al cielo y la muerte a la vida eterna, cuando luchamos y los vencemos mediante el poder de *Jesús, quien “destruyó el poder de la muerte e iluminó el camino a la vida y a la inmortalidad”* (2 Timoteo 1:10 NTV). Que ésa sea nuestra certeza a la hora de la muerte de uno de nuestros seres queridos. Éste es el mo-

mento cuando el cielo se inclina hacia nosotros para envolvernos en gozo divino. Jesús quiere estar más cerca que nunca de nosotros y brindarnos vida divina, consuelo y felicidad nunca antes conocida. Sí, la paz de la eternidad ha de inundar nuestros corazones.

Contemos con todo eso en el momento en que la muerte se asoma para llevarse a personas amadas. Ahí frente a la tumba es donde Dios quiere hacer resplandecer la gloria de su Resurrección y elevar nuestro corazón al cielo. Ése será el hogar al cual nosotros iremos para vivir gozosos y dichosos sobre gloriosas praderas celestiales si fuimos vencedores por el poder de su Redención.

Dios quiere fijar nuestros ojos en esta meta; sobre el final de nuestro camino que

pronto llegará. Pues el camino es corto y la meta es eterna. Viviremos en lugares según cómo hemos peregrinado en fe y paciencia sobre esta tierra. Si seguimos a Cristo a lo largo de un camino empinado y espinoso, desembocará en lugares de gozo donde el aroma de la gloria divina nos envolverá. ¡La meta es lo que importa!, cantan los que nos precedieron. Nos dicen: Vale la pena – vale la pena la lucha contra el pecado, vale la pena el camino del sufrimiento, que nos transforma en la imagen del Cordero de Dios, para que algún día podamos ver su Rostro. De igual manera vale la pena el sufrimiento que ahora nos provoca la pérdida de esa persona amada.

Amado Señor Jesús,

Has llamado a tu Presencia a mi ser querido. Te doy gracias porque, a pesar del dolor, tengo la certeza de que ahora está contigo. Te amó y te siguió y no podría estar en un lugar mejor que contigo en tus brazos. Gracias por la certeza de que ya no está más experimentando sufrimiento ni tormento, sino que le envuelve un gozo eterno.

Te doy gracias porque, habiendo vencido por el poder de tu Sangre, ahora brillará como un sol en el Reino del Padre, dichoso y rodeado de tu amor.

Que su partida me acerque más a la eternidad y que la realidad del cielo me consuele. Quiero agradecerte por el hecho de que la muerte, a pesar de ser tan horrible,

representa la puerta al cielo para quien he amado y, por eso, el cielo se nos acercó.

Refréscame con una vida que manifiesta lo que propone el cielo, en la cual ya pueda saborear la alegría sin fin que me espera.

Confórtame con consuelo celestial y haz resplandecer para mí la gloria que Tú nos has adquirido, la cual heredarán todos aquellos que fueron transformados a través de sufrimientos. Ayúdame a proseguir con valentía este corto camino de sufrimiento para heredar la gloria eterna. Amén.

Regocíjate con el que ha partido hacia esa infinita gloria, la cual te espera también a ti si perseveras en tu sufrimiento – y así la melancolía empezará a desaparecer.

Canción

Una flor de su jardín
con amor Dios recogió,
llevándola a su Trono.

La flor se quiebra,
inclina llorando la cabeza,
no sabiendo lo que Dios quiere darle.

Pero en el jardín celestial,
donde el aliento de Dios la envuelve,
florece con belleza celestial.

Florecita, no estás marchita.
Florecita, sólo has muerto brevemente
para poder florecer más bella que nunca.

Se ha ido al que hemos amado,
descansa ahora en el regazo de Dios,
Él le da paz.

Liberado de dolor y sufrimiento,
envuelto en la gracia
que quiere brindarle Aquel
que a nosotros se entregó.

El Rostro de Jesús ahora
él puede contemplar
y en bendita luz
habitar su hogar.

Gloria sin fin
se le revela en plenitud
por haber confiado,
y ya la oscuridad se vuelve luz.

¡Ciudad de Dios preciosa
el alma absorbe aquí,
para irse habituando,
y dirigirse hacia ahí!

Él (ella) se ha marchado para brillar
como una estrella en el cielo
y al Padre del Cielo alegría dar.

Desde allá arriba nos observa,
susurra canciones celestiales,
invitándonos a ir.

Su canto habla de dichas celestiales,
de cómo se regocija su corazón
en el amor del buen Pastor.

En silencio el Pastor se acerca
a nosotros que estamos atrapados
en el sufrimiento y dolor.

Nos lleva a verdes pastizales
donde libre de todo dolor
gloriosa se goza su ovejita.

Festejemos en espíritu
y alabemos al que
es amor, consuelo y alegría.

EL RETORNO AL HOGAR CELESTIAL

Cómo será, cuando en el hogar
celestial finalmente contemplemos
por siempre a Jesús sobre prados
celestiales.

Ahora el difunto retornó a su hogar celestial como un alma creyente en Jesús. Sí, ha vuelto junto al Padre, a quien pertenece como hijo suyo; y también fue junto a su Señor Jesucristo, con el cual peregrinó en vida y a quien, a pesar de haberlo amado, nunca pudo ver con sus propios ojos. Pero

ahora con sus propios ojos podrá ver los ojos de Jesús tan llenos de amor.

Ahora lo oculto se revela: que el corazón y la dirección de Dios fue puro amor. Ahora puede contemplar su Rostro – y el que mira el Rostro de Jesús sabe que todo lo que viene de Él, es puro amor. Ahora todas las preocupaciones, dudas, toda sensación de desgracia, callarán. Ahora el Padre mismo abrazará a su hijo, y todo estará bien. Empezará Él a consolar a su hijo y éste podrá escuchar palabras de amor de Sus labios. Con tal consuelo, ¿cómo no desaparecerá el dolor de sufrimientos pasados en la tierra? El Padre besará con amor su corazón agobiado por tantos sufrimientos. ¡Y vean!, todas las heridas se sanarán y la alegría sin par fluirá dentro de él, como nunca antes alguien lo ha experimentado en la tierra.

Al que partió en Jesús, el Padre ahora le mostrará sus tesoros, porque está en casa y lo que es del Padre, también le pertenece a él, su hijo. No le puede ocultar nada. ¡Al contrario! Gozoso le mostrará a su hijo lo que ahora le pertenece. Y el hijo estará asombrado por lo que verá. Si ya en vida se habrá maravillado por las cosas grandes y enormes que ha creado Dios, por todo lo bello que el Padre nos regaló en su creación, ¡cuánto asombro y alegría habrá en la creación celestial, ya sea por el mar cristalino, ya sea por los árboles de la vida, por toda creación que redimida vive en el cielo!

Los que retornan a ese hogar se asombrarán y se olvidarán de lo que les faltó en la tierra, porque aquí hay riqueza sin límite. Abundancia propia del paraíso. Por donde vayan podrán recoger agua de vida y

cosechar los frutos de árboles de vida, y beber del amor del Espíritu Divino.

Así será. Ahora podrán amar a Jesús su Salvador y Esposo como siempre lo anhelaron y no lo habían podido hacer. Podrán ir junto a Él y tomar su mano, su amor los saciará con fascinante alegría. Podrán caminar con Él bajo los árboles de la vida, e incluso reposar en su Trono. Él les mostrará su universo con todo su Reinado para instruirles sobre él (Apocalipsis 2:26; Apoc.1:5-6; Mateo 25:21).

Les mostrará la jerarquía de los ángeles, de los principados y potestades; de todos sus mensajeros, los cuales deberán juzgar (1 Corintios 3:6). Y quizá podrán participar de las reuniones de Dios, admirar su sabiduría y postrarse en adoración porque sus planes nacen del amor, de un entendimiento insondable. Entonces reconocerán

que todos sus planes son maravillosos y los ejecuta con excelencia. Incluso el pecado mismo, la muerte y los poderes del mal están en sus manos y le tienen que obedecer hasta que la victoria sin igual de Jesucristo tenga un triunfo absoluto, fruto de su Sacrificio.

El asombro y la alegría no tendrán fin cuando vean a sus hermanos y hermanas que les precedieron en la muerte, en un resplandor que nunca nadie podría imaginar. Sí, las personas podrán brillar como el sol en todo su resplandor (Mateo 13:43). Ellos resplandecerán en todo el universo, como un ángel que con su resplandor ilumina la Tierra (Apoc.18:1). Llevarán vestidos blancos llenos de la gloria de Dios (Apoc. 3:5), adornados con coronas y joyas (Apoc. 2:10) y vivirán en palacios y caminarán sobre calles de oro y luz.

Hogar celestial, ¿no deberíamos apresurarnos para seguir a los que nos precedieron, hacia la Ciudad Eterna, a la morada cuya belleza no puede ser destruida? Así como el cuerpo ha sido resucitado en gloria poderosa, la belleza del alma que está bañada en la sangre de Jesús, irradiará este resplandor. ¿No deberíamos apresurarnos a entrar en ese Reino, que es un Reino de amor, donde sólo hay amor entre todos, y por eso, reina la alegría y la felicidad? Para los que están en la Tierra y viven atormentados de envidia y resentimiento, de celos y egoísmo, es impensable que exista un Reino de amor, donde todos se amen, se honren y se agasajen, donde conviven unidos y son uno solo, totalmente uno. Están unidos en ese amor hacia el Padre, son uno en el amor hacia el Hijo y uno en el amor hacia el Espíritu Santo. La congregación triunfante

será un coro de amor que ascenderá para el honor y la gloria del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, porque sólo un espíritu los impulsa y el ardor de ese amor los enciende.

¿Vislumbramos ahora lo que espera a los que han partido y ya pasaron por el portal de la muerte? ¿Imaginamos a donde fueron? Fueron a aquel lugar donde el Padre les está esperando para recompensar todo lo que en esta vida les causó heridas y dolor (Lucas 6:23; 2 Tes.1:7). Y el camino hacia semejante gloria fue preparado por Jesucristo con su propia Sangre para que, al llegar nuestra hora, podamos andar por este camino hacia la Ciudad de Dios.

¿Qué podría faltar a los que ya partieron? ¡Nada! Están en casa, y en nuestro hogar todo es nuestro. El Señor entonces los llevará por verdes prados, a aguas frescas para refrescar su alma. Y nada les faltará.

Pues el enemigo ya no los podrá alcanzar. Aquí, en las praderas celestiales el Pastor mismo cuida de los suyos y no hay ninguna amenaza para ellos.

Este hogar que nos promete el Padre está protegido ante cualquier enemigo y contiene una riqueza imperecedera. Un hogar donde suenan sólo cantos de alegría y el lamento del dolor desaparece. Sólo se escucha aquí palabras de amor que refrescan y alegran el corazón.

El centro de este hogar no es un padre terrenal con defectos y debilidades, sino el Padre que es puro amor, pura sabiduría, pura bondad, pura riqueza. Tiene preparado para nosotros una plenitud de gloria y felicidad – viviendas celestiales, vestidos y joyas, regalos y futuras comisiones, fiestas y celebraciones – ¡que dicha inexpresable! Es un Padre que consuela y nos puede hacer tan

felices como ningún padre terrenal podría hacerlo jamás. Este Padre tiene el poder para alegrar a su hijo porque a Él todo le pertenece: el cielo y la tierra, el oro y la plata, la humanidad, el sol, la luna y las estrellas y todo lo que podamos nombrar. Todo le pertenece y todo esto lo pone delante de su hijo diciéndole: ¡Todo esto es tuyo ahora!

¡Qué hogar! Donde el Padre recibe a su pequeño y pobre hijo para sentarlo junto a su Hijo unigénito para que reinen juntos. En este lugar ya no se recuerda el mal que algún día hicimos. Se recuerda sólo lo bueno que Dios nos dio mediante la fe y la recompensa que por ella recibimos (Mateo 16:27; Lucas 14:14; Colosenses 3:24). ¡Qué hogar, en el cual se renueva la recompensa una y otra vez (Apocalipsis 22:12): los tronos y coronas, las riquezas sin fin que recompensan desde un vaso de agua fría! (Mateo 10:42).

Este hogar resplandece en una luz nunca antes vista en la Tierra. En él todo es luz. No existe oscuridad ni noche. ¡Qué hogar! El júbilo siempre está presente: los coros angelicales de adoración, innumerables multitudes, arpas y címbalos, instrumentos musicales de todo tipo, santos y vencedores resuenan con himnos que alegran el trono de Dios con gozo inefable. En el centro de este hogar se encuentra un Trono. Todo el universo es gobernado a partir de él. Un trono de gloria y majestad. Sobre el Trono está el Cordero de Dios, un Cordero inmolado, el Salvador de nuestra alma que entregó su vida hasta la muerte por amor a nosotros. Este hogar es el motivo por el cual Jesús vino a este mundo y caminó por la senda de sufrimiento, para buscarnos, salvarnos y así podamos pasar la eternidad con Él.

¡Qué hogar! Nuestros ojos no serán perturbados por nada feo, ya que todo es de una perfecta gloria y belleza de Dios. ¡La Ciudad de Dios! Una obra de arte del mismo Dios Creador, hecha por sus manos divinas y no por manos humanas. Aquí ya no extrañaremos nada de lo que siempre hemos anhelado: la belleza de nuestro hogar, la gloria de la naturaleza, las posibilidades de trabajar y crear, el ser amados y amar, la comunión con los vencedores, es así de rica y llena de amor que siempre volverá a darnos felicidad. Aquí experimentamos la máxima satisfacción, como nadie en la tierra podría haberlo imaginado.

Este hogar nos espera. Jesús nos abre la puerta. Es más, Él mismo es la puerta y extiende su mano para llevarnos a casa si hemos permitido que nos convierta en

vencedores, tal como lo hicieron los que nos precedieron en la muerte.

*A tu hogar ahora puedes ir,
la hora ha llegado.*

*De la tierra puedes tú huir
que fue tu hogar pasado.*

*A Jesús podrás ahora mirar,
en el cielo te espera.*

*Junto a Él ahora estarás
y en la oscuridad nunca
más caminarás.*

*La hora ha llegado,
después del tiempo terrenal.*

*De esto nada queda,
todo fue pura vanidad.*

*Puedes vivir ahora
donde ya nada decaerá.
Podrás estar en el Trono
del que reina en el más allá.*

*Ahora estás en casa
en el regazo del Padre Dios.
Tendrás una eterna posada,
bendición divina te tocó.*

*Puedes mirar ahora,
a quien tu alma amó
y caminar de su mano,
el sufrimiento acabó.*

*Sólo amor te rodea
en esta bendita Ciudad,
de esplendor chispeas,
tu alma contenta está.*

*Oh, alma, apresúrate
para llegar a este hogar.
No permanezcas en la tierra,
pues ahí la paz no encontrarás.*

*Allá Dios ha preparado
la vivienda excepcional.
Allá tu vestimenta
será brillante y especial.*

*Por eso, las manos de Jesús toma,
Él consigo te llevará
de este andar en la tierra
a la eterna felicidad.*



Otros libros de M. Basilea Schlink:

EL PADRE DE TODO CONSUELO

Una palabra de aliento para cada día del año.

“Hace poco perdí a una persona amada. Todo pasó de forma inesperada, de modo que no tuve tiempo de prepararme para su partida. Todo se volvió oscuro y llegué a pensar que ya no valía la pena vivir. Fue entonces cuando una amiga me hizo llegar este devocional. Lo leí a diario, y mi interior volvió a sanar”.

LAS BENDICIONES DE LA ENFERMEDAD

Respuestas a preguntas ante la enfermedad

“Siempre que abro este libro encuentro algo increíblemente consolador. No existe sufrimiento o dolor para el cual la Madre Basilea no tenga una palabra de consuelo”.

PROTEGIDOS POR SUS MANOS

Consuelo, fortalecimiento y preparación para tiempos de aflicción.

“El libro me llegó justo a tiempo y manifestó su poder en mí. Aprendí a orar más y de forma más efectiva, entregando toda mi impotencia en las manos de Jesús. Experimenté cómo el ánimo y la paz fluían dentro de mi corazón”.

CÓMO TRIUNFAR SOBRE EL DESÁNIMO

Ayuda en la fe para tiempos difíciles.

“Este devocional me dio nueva esperanza. Comencé a confiar y dejar mis dudas. Todo lo que Ud. escribe, me hace alegre, feliz y me enriquece mucho”.

Opiniones de lectores:

“Aquí hay bálsamo sanador para almas afligidas”.

“Dentro y alrededor de mi reinaba una noche oscura después de perder a mi amado esposo. Curioseando en una librería cristiana encontré este librito. Entre lágrimas lo leí una y otra vez”.

“ Día y noche leí en este libro, siempre que el dolor me invadía Realmente Jesús me ha consolado, y sigue haciéndolo”.

“Estoy profundamente agradecido por haber encontrado lo que hace mucho tiempo busqué, un libro que responde a las preguntas que surgen del corazón y de la conciencia ante la cercanía de la muerte y al mismo tiempo se brinda una ayuda con tanta claridad”.

“Realmente refleja la situación de una persona que se ha quedado sola y lo alienta a aceptar el consejo de Dios y entregarse plenamente a Jesús. Para mi se abrió un pedacito del cielo”.